**La mano dorada**

No sé cómo acabamos hablando de esto. Yo hubiera preferido hablar de otra cosa en este momento. De un libro, del precio de la luz, de una película, de la última vez que me reí en el teatro, yo qué sé. Mientras pasan hombres y mujeres arrastrando goteros, con vendajes que parecen ya parte de la cabeza o de un brazo, sillas de ruedas y enfermeras diligentes, nos revolvemos nerviosamente en los asientos de plástico, que crujen con sonido como de animales que sufren, en esta sala de espera pintada de verde claro.

No empezamos a hablar inmediatamente. Empieza ella y me pregunta si sé hasta cuándo son las visitas. Viene de un pueblo a cincuenta kilómetros y tiene que organizarse con los autobuses. Se hizo ayer una PCR y está angustiada por si se la piden: se ha dejado en casa el papel impreso. ¿Tú crees que les importará que fuera de ayer? La tranquilizo y le digo que seguro que la dejarán pasar.

**La niña se aferra con fuerza al koala de peluche, como sabiendo que va a necesitarlo en ese largo viaje de la operación en el quirófano**

Me dice que no soporta los hospitales. Dice que tiene una cuñada a la que le encantan. Que no hay cosa que le guste más a su cuñada que visitar enfermos, comparar medicaciones, comentar los casos con vecinos, amigos, familia. «Es que se le nota que disfruta». Yo le digo que hay gente así, que siempre la ha habido. Gente que se crece en la adversidad de los demás, que les valida, que les hace sentirse mejor sobre sí mismos. Como si acompañando al otro en su enfermedad alejaran esta de su existencia.

Y entonces me cuenta ese día que le hizo odiar los hospitales. Ese día que su hija se cayó de la bicicleta y se dio un coscorrón y llegó a casa: «Mamá, no estoy bien» y empezó a vomitar. Y cómo la llevaron de urgencias y las devolvieron a casa porque no era nada. Y la noche siguiente, además de los vómitos, la niña empezó con convulsiones. Y vuelta al hospital, y entonces ya todo es confusión, el médico que le dice que hay que operar ya porque, si no lo hacen, la niña no vivirá y que las posibilidades de que sobreviva, sin embargo, son escasas. La cabeza dando vueltas, la sangre que abandona la cabeza. «Y todo el rato con esa sensación de que no te está pasando a ti». El koala de peluche al que la niña se aferra con fuerza, como sabiendo que va a necesitarlo en ese largo viaje de la operación en el quirófano.

Dijeron que serían, mínimo, diez horas; fueron catorce. Estar en una sala de espera como esta sabiendo que en cualquier momento alguien con cara contrita puede aparecer con malas noticias. Sabiendo que hay unos filamentos en el cerebro de una niña que están siendo cortados por manos expertas pero exhaustas. El tiempo se estira como un chicle cuando una mujer aparece y le abre la mano y le pone una medalla dorada en la mano, no sabe de qué santo, ni sabe por qué dice que no es creyente. «Da igual», dice la mujer, que desaparece por donde ha venido. Muchas horas. Sin sed, sin hambre, sin calor, sin frío. Cerrando los ojos y sólo viendo los ojos de la niña y las orejas del peluche.

«Todo ha salido muy bien». Un alivio físico inenarrable, una sensación de plenitud como nadar en un mar de terciopelo. Las horas al lado de la cama hasta que la niña se despierta. «Zumo, quiero zumo», dice. «Yo te lo traeré, mi vida, lo voy a buscar». «¿Mamá, qué tienes en la mano?». «No sé, hija, no sé». Y ella abre la mano y se da cuenta de que lleva muchas horas sin abrir el puño y que la medalla le ha teñido la mano de dorado y, mientras va a buscarle el zumo a la niña, se mira la mano dorada y piensa que no le importaría que ese dorado no se borrara nunca.